

Andrea Andújar y Ernesto Bohoslavsky
(editores)

Todos estos años de gente
Historia social, protesta y política
en América Latina

Rossana Barragán Romano, Silvia Hunold Lara, Carlos Illades,
Rodrigo Laguarda, Mirta Zaida Lobato y José Antonio Piqueras

EDICIONES **UNGS**



Universidad
Nacional de
General
Sarmiento

Todos estos años de gente : historia social, protesta y política en América Latina / Rossana Barragán Romano... [et al.] ; editado por Ernesto Bohoslavsky ; Andrea Andujar. - 1a ed. - Los Polvorines : Universidad Nacional de General Sarmiento, 2020.

Libro digital, EPUB - (Humanidades ; 44)

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-630-473-3

1. Historia Social. 2. Política Latinoamericana. I. Barragán Romano, Rossana. II. Bohoslavsky, Ernesto, ed. III. Andujar, Andrea, ed.

CDD 306.2098

EDICIONES **UNGS**

© Universidad Nacional de General Sarmiento, 2020

J. M. Gutiérrez 1150, Los Polvorines (B1613GSX)

Prov. de Buenos Aires, Argentina

Tel.: (54 11) 4469-7507

ediciones@campus.ungs.edu.ar

ediciones.ungs.edu.ar

Diseño gráfico de colección: Andrés Espinosa

Diagramación: Eleonora Silva

Corrección: Andrea Gardey

Imagen de tapa: Daniel Vidable

Hecho el depósito que marca la Ley 11723

Prohibida su reproducción total o parcial

Derechos reservados



Libro
Universitario
Argentino

Índice

Madeiras e hilos sociales en el tiempo: a modo de presentación
Andrea Andújar y Ernesto Boboslavsky

Tarea y promesa de la imaginación histórica
José Antonio Piqueras

Algunas reflexiones sobre la historia y la protesta social
Carlos Illades

“La miopía de lo visible”. Mujeres, protesta e historiografía
Mirta Zaida Lobato

Al final del arcoíris. Sobre los homosexuales como sujetos de interés en la academia mexicana
Rodrigo Laguarda

Historia de la esclavitud, movimientos sociales y políticas públicas contra el racismo en Brasil
Silvia Hunold Lara

De puentes y precipicios. Una perspectiva sobre los vínculos entre historia/s y movimientos sociales en Bolivia (de 1970 a la actualidad)
Rossana Barragán Romano

Bibliografía

Referencias autorales

Por razones obvias, este vínculo entre la historia social y la historia de la protesta social o de los movimientos socialistas ha conservado su fuerza. Varios historiadores sociales se han sentido atraídos por el tema debido a que eran radicales o socialistas y, en consecuencia, sentían gran interés por los asuntos de gran importancia sentimental para ellos.

Eric HOBBSAWM (2002). *Sobre la historia*. Barcelona: Crítica (orig. [1971] "From Social History to the History of Society". *Daedalus*, vol. 100, n° 1, invierno)

Madeiras e hilos sociales en el tiempo: a modo de presentación

Andrea Andújar y Ernesto Bohoslavsky

Todos estos años de gente es el nombre de una canción de Luis Alberto Spinetta, que grabó junto a Fito Páez en 1986. El nombre de la pieza remite a dos aspectos que son centrales en este libro: el paso del tiempo y los vínculos entre las personas. Si el primero de esos aspectos implica de forma directa a la disciplina y la reflexión histórica —no de manera exclusiva, pero sí preferencial, desde ya—, el segundo conduce al estudio de las relaciones sociales. Enlazadas, ambas preocupaciones se interrogan acerca de qué han hecho las personas a lo largo del tiempo, cómo confrontaron, se unieron, (se) pensaron, (se) organizaron y (se) transmitieron vivencias, emociones y mensajes, entre otras actividades. Con este título queremos, entonces, hacer referencia al corazón que impulsa la sangre de este libro: ¿de qué maneras se han atado el conocimiento del pasado con las prácticas sociales actuales y con los anhelos del futuro?, ¿cómo han tejido a lo largo del tiempo sus lazos quienes investigan sobre el pasado y quienes desean transformar el presente? y ¿cuáles son los hilos invisibles que conectan —o podrían conectar— las formas pasadas de protesta con los actuales esfuerzos por crear un mundo mejor, uno sin opresiones ni explotaciones de ningún tipo?

Si a lo largo del siglo xx y en lo que va del actual estas inquietudes cobraron fisonomías variadas y se constituyeron en preocupaciones extendidas por distintas geografías, conviene, pues, darle un escenario y un tiempo específicos a su tratamiento en este libro. Así, lo que las y los lectores encontrarán en estas páginas es un conjunto de interrogantes sobre los tiempos más recientes —de los que la mayor parte de los adultos actuales tienen recuerdos personales— y que hacen referencia al ciclo de autoritarismos —castrenses o no— y transiciones a la democracia, en el último tercio del siglo xx, a la conflictividad social y política de las primeras décadas de la presente centuria, a las tensiones suscitadas o estimuladas por los gobiernos de la “marea rosa” y a la reciente derechización de buena parte del continente americano, sus sociedades y su dirigencia política.

Si aquellas son las coordenadas temporales, las geográficas se concentran en las tierras latinoamericanas. Los sujetos sobre los que aquí se hallarán referencias son los cocaleros y los pueblos originarios de Bolivia, los homosexuales chilangos, los movimientos de negros de las urbes brasileñas, las mujeres argentinas con sus variadas formas de acción colectiva, el movimiento neozapatista, los ejidatarios de Atenco, entre otros colectivos políticos, entre otros hilos sociales de la madeja de la protesta latinoamericana.

Los artículos incluidos en *Todos estos años de gente* inquietan por las maneras en las que historiadores académicos de América Latina se vincularon con esos sujetos, con los movimientos sociales en los que han participado e interactuado y con las causas políticas (en un sentido amplio, no exclusivamente partidario) que persiguieron con sus acciones en las últimas décadas. En algunos casos, ese recorrido es absolutamente autobiográfico y, en otros, tiene un tono más bien de análisis historiográfico, de paneo de prácticas propias y de otros colegas. Un inventario de las preguntas que animan estos textos bien podría incluir los siguientes interrogantes: ¿qué impactos han tenido ciertos saberes académicos sobre las prácticas políticas —especialmente en los repertorios de protesta— de los actores no académicos?, ¿de qué manera las demandas contemporáneas de reconocimiento, de escucha, de justicia, de representación y de derechos terminan empujando la agenda de investigación sobre los tiempos pretéritos?, ¿cómo se han establecido lazos imaginarios, ideológicos e identitarios entre las formas de rebeldía del pasado y las de la actualidad?, ¿qué papel tuvieron y cuál pueden desempeñar en el futuro los historiadores a la hora de unir esos hilos sociales en el tiempo? Si alguna voluntad alienta este libro, entonces, es la identificación y la promoción de diálogos, de conexiones no siempre reconocidas ni percibidas por los propios protagonistas, entre quienes protestaron colectivamente contra la injusticia —con variados alcances, anhelos y formas de organización— y quienes lo hacen hoy —y aspiran a hacerlo en el futuro—, es decir, durante todos esos años de gente.

Intelectuales y militantes: los enmarañados hilos entre la cultura y la política

Las vinculaciones entre las labores intelectuales y las prácticas políticas son tan históricas, esto es, cambiantes, como cualquier otra relación compleja y que involucra a miles de personas. La historicidad de los lazos entre la vida intelectual y la política se expresa en la existencia de tiempos de acercamiento

y superposición, así como de otras etapas de mayor distanciamiento, e, incluso, de mutuo recelo. Las razones de esos cambios tienen que ver, entre otras cosas, con que cada uno de los integrantes de esa relación (quienes realizan tareas intelectuales y quienes se afanan por la vida política) han sufrido variaciones enormes, desde fines del siglo XIX, en lo que refiere a sus formas de constitución, estrategias de legitimación y lógicas de autonomización.

No hay aquí lugar para abordar con sistematicidad la historia de las diversas formas de ser intelectual de los últimos ciento cincuenta años, la historia que va desde el “notable” dotado de linaje y prosapia familiar hasta el actual *scholar* globalizado, pasando por el “maestro de la juventud”, los escritores profesionales, los científicos sociales promotores del desarrollo en los cincuenta y los intelectuales revolucionarios de fines de los sesenta (Altamirano, 2010). Bástenos con señalar que han sido múltiples las maneras en las cuales se han articulado las prácticas intelectuales y las políticas, con diversas formas de relación, distancias y mutuas absorciones. Las estrategias legítimas de análisis, los géneros usados para transmitir las ideas e impresiones y las tomas de postura respecto de problemas sociales han variado en el tiempo. Los historiadores no han escapado a esa historicidad de sus prácticas. Proponemos, sin embargo, la existencia de cierto hilo rojo (González de Oleaga y Bohoslavsky, 2009) que une a diversas generaciones de historiadores y de científicos sociales, separados en el tiempo, pero conectados a la luz de una misma preocupación por la vida fuera de las aulas, interpelados por las urgencias de la realidad que les ha tocado o les toca transitar. Sin lugar a dudas, los historiadores sociales desde la segunda posguerra formaron parte de esa tradición y estuvieron, quizás, entre los más interesados en formar parte activa y consciente de ese hilo rojo. Preocupados por los procesos productivos en las haciendas ganaderas y en las plantaciones azucareras, por la formación de la clase trabajadora, por sus formas de organización y de lucha, parece comprensible que figuras como Pablo González Casanova, Alberto Plá y Reyna Pastor expresaran, a la vez, interés por la situación contemporánea de los trabajadores, así como por su potencial revolucionario. A esa tradición se le sumaron los antropólogos cercanos –a veces, mimetizados– a los campesinos y los pueblos originarios del macizo andino sudamericano y de diversas regiones de México y del istmo centroamericano. Ese horizonte político posterior a la Revolución cubana sobrevivió a duras penas el embate de las dictaduras o la represión oficial –como en el caso de Colombia– u oficiosa –como en el caso de México–. La derrota del horizonte socialista, tanto en la versión “democrática” chilena como en la vía armada ensayada en varios países, condujo, en los últimos años setenta y

en los primeros ochenta, a una puesta en sospecha y persecución de quienes investigaban sobre estos temas.

Fue entonces, al profundizarse la implementación de reformas neoliberales en la región y la crisis que ese proceso generó para la población trabajadora urbana y rural de la mayoría de los países de la región, que otras posiciones ideológicas, otros sujetos y otras preocupaciones se fueron instalando en la agenda de los historiadores sociales. En algunos casos, tomaron el relevo respecto de aquello que había concitado el esfuerzo de investigación, esto es, la vida de la clase trabajadora. En otros casos, implicaron que se ampliara la agenda de investigación, a partir del surgimiento (o descubrimiento) de nuevos sujetos indagados con preguntas más complejas sobre ciertas dimensiones del pasado, como aquellas relativas al mundo del trabajo fuera de la fábrica, el impacto de la desocupación, las demandas por el derecho a la ciudadanía, la informalidad laboral, la sociabilidad local, el peso del género y la etnicidad en las identidades y las prácticas políticas colectivas, entre otras cuestiones.

No es factible realizar aquí un balance acabado sobre el desarrollo de la historia social en América Latina en esos años. Pero sí delinear algunas aproximaciones sobre la manera en que las reformas neoliberales gravitaron en las agendas de investigación en países de la región. A la luz de las historias y contextos locales y nacionales, de diferencias en términos relativos de desarrollo historiográfico, tradición en el uso de conceptos y de temas, es posible encontrar diversas prácticas de vinculación de los historiadores sociales con las luchas, los dolores y las voces de los diversos sectores afectados por el avance de un modelo de acumulación fuertemente depredador, marginalizador y desintegrador. Así, en la década de los noventa, muchos historiadores se dieron a la tarea de recuperar la existencia de una tradición democrática, electoral y cívica en el pasado latinoamericano, que bien podía servir de prenda de unión frente a los disensos ideológicos del pasado y frente a un presente marcado a fuego por el autoritarismo inspirado en la doctrina de la seguridad nacional. En ese marco, se produjo una clara pérdida de interés por la clase obrera, su pasado y su potencial político, frente al peso que adquirió la preocupación por los procesos electorales, la prensa política y las discusiones parlamentarias. En muchos casos, esa atracción por el pasado político latinoamericano condujo a sacudir interpretaciones totalizantes y, a veces, deterministas, que reducían la existencia de las clases sociales y de sus enfrentamientos a una mera operación económica, netamente estructuralista y capaz de actuar como *deus ex machina* de toda la vida histórica de las repúblicas.

Asimismo, la incorporación de una agenda más preocupada por los fenómenos políticos y el estudio de las representaciones fue de la mano de una creciente profesionalización del campo historiográfico (más tempranamente iniciada en Brasil y en México, pero que se hizo evidente en Chile, Uruguay y la Argentina ya en los años noventa). En algunos casos, ese proceso fue acompañado de una invitación a despolitizar la actividad historiográfica a través de la adopción de metodologías, conceptos y preguntas, supuestamente, más universales, científicos o asépticos. Como parte de ese horizonte, se postulaba una forma de construir el conocimiento histórico desprovista de conexiones y contactos no solo con otras maneras de abordar el pasado, sino, y fundamentalmente, con todo sujeto colectivo que procurara poner en tela de juicio el *statu quo* mediante su involucramiento político. Diversos historiadores fueron renuentes a seguir tal tendencia y reorientaron su compromiso político al estudio del pasado reciente para detenerse en tópicos relativos a la represión estatal, sus aspectos más clandestinos y traumáticos, pero también las formas de resistencia emergidas en su contra o las memorias construidas sobre ese tiempo pretérito. En ciertas ocasiones, ese interés se sobrepuso a las negativas de las clases dirigentes a revisar lo ocurrido en ese período o confrontó abiertamente con estas. Tal fue el caso de Chile, en el que, por ejemplo, a pesar de los límites políticos y judiciales fijados por la salida democrática pactada, diversos historiadores se comprometieron con el estudio del pasado cercano no solo para analizar y publicitar los crímenes del pinochetismo, sino también para comprender la experiencia del gobierno de la Unidad Popular. Una expresión cabal de ese compromiso fue, por ejemplo, el *Manifiesto de historiadores* (Salazar y Grez, 1999), que recogió, en el inicio, once firmas, principalmente de historiadores sociales.

Otra mirada que cobró importancia fue la que colocaba las tensiones étnicas y el racismo en el centro de sus preocupaciones. Esta perspectiva llevó a desplegar preguntas de investigación y prácticas novedosas. En el caso de Bolivia, como muestra el artículo de Rossana Barragán Romano aquí incluido, figuras como Silvia Rivera Cusicanqui fueron cruciales para la incorporación a la historia social de su país de entradas teóricas y políticas que mostraban el peso de las identidades étnicas y su combinación y superposición con las de clase. En Brasil, tal como Silvia Hunold Lara señala en su texto, desde hace veinte años se han ido tejiendo numerosas vinculaciones entre dos áreas de la historiografía –y de la militancia– que habían permanecido, en buena medida, escindidas: la historia de los esclavizados del siglo XIX y sus descendientes, recurrentemente marginalizados y considerados sujetos políticamente pasivos, y la historia de

los trabajadores urbanos del siglo xx, sus organizaciones, sus estilos de vida y formas de identificación política.

También desde los años noventa las agendas y las luchas feministas contribuyeron de modo cardinal a revigorizar una historia social que, hasta ese entonces, había concentrado sus esfuerzos analíticos en el trabajador masculino y situado sus intereses en el rastreo de sus luchas, el decurso de sus organizaciones sindicales, su participación política y su nivel de conciencia. Los lazos entre la militancia feminista, la producción historiográfica y las intervenciones públicas se hicieron evidentes en el final del siglo xx. Colegas como Mirta Lobato, Dora Barrancos y Susana Bianchi, en el caso de la Argentina, o Joanna María Pedro, Margareth Rago y María Lygia Quartim de Moraes, en Brasil, promovían con sus investigaciones una comprensión del pasado sostenida en la perspectiva de la historia de las mujeres y los estudios de género, a la par que colaboraban en la provisión de insumos históricos y teóricos para unos movimientos de mujeres, feministas y de diversidades sexuales que iban cobrando una fisonomía cada vez más potente en varios países de América del Sur.

Poco a poco, a medida que avanzaba el siglo actual, se fueron alimentando nuevas relaciones entre historiadores, movimientos sociales e, incluso, activistas de partidos políticos que ascenderían a ocupar espacios de gobierno en ciertos países latinoamericanos, como en el caso del Partido de los Trabajadores, en Brasil, o del Movimiento al Socialismo, en Bolivia. Diversos colegas historiadores colombianos y peruanos han hecho sus aportes a la comprensión de la naturaleza de los conflictos políticos violentos de sus países, en particular, denunciando el despliegue de violencias extremas contra las familias campesinas. Las relaciones entre los historiadores, los movimientos sociales y los gobiernos, en los últimos años, contuvieron complejidades diversas. En ocasiones, entrañaron encantamientos mutuos y ciertos mimetismos entre unos y otros sujetos que conspiraron contra la formulación de interpretaciones críticas sobre los procesos vividos y protagonizados. En otras, las diferencias de clase, de género y étnicas entre historiadores y activistas sociales y políticos dificultaron las posibilidades de intercambio, comprensión y circulación de experiencias y saberes. Cuando tales vínculos lograron fraguar y se sobrepusieron a las dificultades, sus resultados no fueron de mano única. Los historiadores pudieron poner a disposición de esas organizaciones explicaciones más abarcativas y complejas sobre su pasado. Pero también, las agendas historiográficas se vieron sensiblemente enriquecidas a la luz de nuevos problemas, tópicos e interrogantes, cuyos orígenes provenían de los activistas y sus prácticas políticas. La expansión de estas agendas, además, guardó franca relación con la presencia de estudiantes procedentes,

social y políticamente, de esos movimientos o de sectores sociales a los que la educación universitaria había estado vedada hasta el ascenso de esos gobiernos de tinte progresista. Y, en parte, esta presencia dinamizó y facilitó que el análisis histórico-social recuperara el interés por la clase y por la experiencia de clase, renovada ahora por los cruces con el género, la etnicidad y la generación, entre otras categorías procedentes de diversas tradiciones teóricas y políticas.

Como parte de ese proceso, hoy vemos que van despuntando voces que, sin dudas comprometidas con las y los de abajo y una mirada más proclive a situarse a “ras del suelo”, convocan a esforzarse por reponer un relato más global de los procesos históricos de América Latina, una reconstrucción de largo alcance que posibilite advertir que, así como el capitalismo avanza poniendo los términos de la explotación en diferentes lugares, se van generando también reacciones desde abajo que lo amenazan directamente. En esa senda y en ese debate *Todos estos años de gente* espera también poder contribuir.

El inicio de esta madeja

El contexto inicial de este libro fue una mesa redonda que propusimos, en el marco del desarrollo del Segundo Congreso Internacional de la Asociación Latinoamericana e Ibérica de Historia Social (ALIHs), llevado a cabo en la Universidad Metropolitana para la Educación y el Trabajo y en la Universidad Nacional de General Sarmiento, en Buenos Aires, del 1 al 3 de marzo de 2017. El título de esa mesa era “La historia y la protesta en América Latina”. En aquella ocasión, solicitamos a Paulo Drinot (quien, lamentablemente, desistió de publicar su texto en este libro), Carlos Illades, Silvia Hunold Lara y Mirta Lobato que respondieran a dos grandes conjuntos de preguntas:

- a. ¿Qué aportes puede realizar la historia social a una comprensión más profunda de la historia presente de América Latina, en términos del estudio de las acciones colectivas de protesta, las demandas esgrimidas, los sujetos que las dinamizan, sus motivos y la expresión política de la conflictividad social?
- b. ¿Cuáles son los vínculos que ustedes consideran que existen (o deberían existir) entre el ejercicio profesional de la historia y los movimientos u organizaciones sociales y políticas que dinamizan las acciones de protesta en el contexto actual (sean estos colectivos obreros, feministas, de desocupados, de diversidad sexual, antirracistas, por ejemplo)?

Dado que no había formatos previos para responder a esos interrogantes, los y las participantes de la mesa redonda ensayaron distintas búsquedas argumentativas, de variada extensión, estilo y densidad. De tal modo, Carlos Illades dedicó su texto a dar cuenta de las múltiples formas de protesta que ha vivido México en los últimos treinta años, así como la supervivencia y la transformación a lo largo del tiempo de los diversos repertorios de lucha de organizaciones de maestras y maestros, campesinas y campesinos y estudiantes para hacerse oír, legitimar su presencia en la arena pública y, a la vez, demarcar los contornos de sus identidades políticas. Concentrada en la Argentina, Mirta Lobato examinó cómo la irrupción de la historia de las mujeres, los estudios de género y los feminismos en la agenda historiográfica local confrontó y desestabilizó lecturas instaladas sobre la historia de las protestas y dio lugar a reconstrucciones más densas y complejas. Silvia Hunold Lara refirió al devenir del vínculo entre las organizaciones de defensa de la población afrodescendiente y los historiadores en Brasil. Su artículo permite percibir cómo el proceso político desatado desde el final de la dictadura permitió, simultáneamente, el fortalecimiento político del movimiento negro y la elaboración de análisis históricos menos dicotómicos sobre la experiencia de la esclavitud en Brasil, y estimuló también la puesta en marcha de políticas públicas antirracistas y favorables a la inclusión racial en ámbitos universitarios.

A esos textos originales sumamos los producidos por otros colegas invitados a partir de esta empresa. Convocamos a Rossana Barragán Romano, quien nos brindó sus reflexiones en torno a las conexiones particulares entre la vida política y la historiografía bolivianas desde la década de los setenta hasta los años del gobierno de Evo Morales. En su artículo, explora especialmente algunas de las vinculaciones que existen entre la emergencia política de los movimientos indígenas y de trabajadores rurales y las relecturas sobre las particularidades de la historia popular boliviana. También invitamos a Rodrigo Laguarda a que refiriera trazos de su experiencia de investigación historiográfica y antropológica de las identidades sexuales divergentes en la Ciudad de México en la actualidad. Su texto permite percibir algunos de los espacios de interacción y de tensión entre la militancia contra el normativismo heterosexual y el desarrollo de carreras académicas basadas en el estudio de sujetos tradicionalmente invisibilizados o estigmatizados. Por último, nos resultó muy pertinente incorporar el texto que José Antonio Piqueras elaboró para la apertura del Congreso de ALIHS. En esa disertación, el historiador español formula una serie de reflexiones filosóficas sobre los vínculos entre historia social, política e imaginación social. La conferencia de Piqueras es una contribución

decisiva para comprender el tablero historiográfico de los siglos XIX y XX, y, fundamentalmente, del itinerario complejo de la historia social a partir de la segunda posguerra. Si bien asienta primordialmente el recorrido de este campo historiográfico en las experiencias europeas y norteamericanas, sus planteos cobijan muchos de los tópicos y los interrogantes abordados por los textos que integran esta compilación. Por tal motivo nos pareció oportuno, entonces, situarlo como apertura de *Todos estos años de gente*.

No escapará a los lectores y lectoras que los artículos son distintos en varios sentidos. Como ya indicamos, dado que no fijamos formatos exclusivos para articular las respuestas a las cuestiones que nos interesaba plantear en este libro, se trata de textos heterogéneos. Heterogeneidad que se aprecia en su organización y extensión, en su densidad de citas y en el nivel de involucramiento o de distancia personal de cada autor o autora respecto del texto. Pero los artículos poseen un aire de familia también, que es el resultado de partir de un interés evidentemente político por la reflexión y el estudio del pasado, pero, sobre todo, por las vinculaciones existentes y posibles entre los tiempos pretéritos y los actuales.

Unos agradecimientos y una dedicatoria

Ninguna presentación de un libro está completa si carece de los correspondientes agradecimientos. En nuestro caso, quisiéramos mencionar, en primer lugar, a los autores y las autoras que forman parte de este volumen. Todos ellos recibieron con aplomo el pedido de aclaraciones o de reformulaciones y nos brindaron no solo sus reflexiones, sino también su profunda paciencia. En segundo lugar, agradecemos a los colegas que componen la Comisión Directiva de la ALIHS, en particular, a sus entonces presidente, Mario Barbosa Cruz, y vicepresidenta, María Dolores Lorenzo Río, por haber confiado en que la mesa redonda que propusimos llevar adelante podía tener algún interés y provecho, y por haber sumado el aval de la Asociación para la publicación de este libro. En tercer lugar, nos cabe agradecer a las instituciones que hicieron posible la edición y publicación de este libro a través de distintos subsidios: el Conicet respondió de manera favorable a las solicitudes que oportunamente realizamos junto a Daniel Lvovich, al igual que la Universidad Nacional de General Sarmiento. En cuarto lugar, también queremos dar las gracias a Cristiana Schettini por su revisión de la traducción del texto de Silvia Hunold Lara. Por último, resta agradecer a la editorial de la Universidad Nacional de General

Sarmiento por haber acogido este proyecto editorial y apostar a la validez de las cuestiones que aquí se intentan discutir.

Este libro está dedicado a Juan Suriano, entrañable colega y maestro de la historia social de los trabajadores y de la protesta. Su muerte, ocurrida durante los meses de edición de *Todos estos años de gente*, resultó un golpe duro e imprevisto, que no podemos dejar de lamentar. Por fortuna nos queda la fuerza de su obra, la alegría de haber compartido tiempo, anécdotas y risas con Juan, de habernos reconocido en los amores por los colores rojo y blanco, aunque nuestras pasiones futboleras nos identificaran con camisetas diferentes (Juan por Huracán y una de nosotros por River Plate), de haber discutido y aprendido con él, y contado siempre con su cariño, su respeto y su gran capacidad de enseñar.